

MEMORIA, TESTIMONIO Y FICCIÓN: UNA COYUNTURA SOBRE LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL CONTEXTO DE LOS DERECHOS HUMANOS

GRACIELA ALETTA DE SYLVAS¹

*... la violencia deja su marca, desde hace años, sobre los cuerpos femeninos.
Cuerpos desechables, cuerpos prescindibles en el aparato productivo, cuerpos
borrables del imaginario social, cuerpos disponibles para los «más hombres». ¿Qué
es finalmente una mujer? ¿Qué es una mujer si además es pobre?*

Sandra Lorenzano

La Memoria es la única relación que podemos tener con los muertos
Susan Sontag

Es difícil ser mujer y asumirse como tal en los tiempos actuales. En realidad nunca lo ha sido, ni en los oscuros tiempos de la historia ni ahora, en el difícil mundo contemporáneo enraizado en la realidad de los peligros que nos acechan y nos hermanan con otras mujeres que día a día pelean para derrotar a la muerte. Muerte real o simbólica que nos alcanza de la mano de la trata, de la violación, del golpe, de la agresión inesperada y repetida. El flagelo de la violencia de género parece intensificarse sin respeto por edades, clases sociales o situación económica. Constituye una problemática social extendida y compleja y un insistente reclamo de los Derechos Humanos de las Mujeres ante lo que ya se considera como una pandemia. El término *femicidio*² recién ha sido incorporado en 2014 por la Asociación de Academias de la Lengua Española y la Real Academia Española bajo la acepción de *feminicidio*, que visibiliza en el lenguaje el carácter sexista del genocidio de mujeres, quienes son violadas, abusadas, secuestradas, desaparecidas, quemadas con ácido o agua hirviendo, explotadas, asesinadas. Estos crímenes, seriales o individuales, tienen en común la consideración de las mujeres como objetos usables, prescindibles, maltratables y desechables. Rita Segato, la antropóloga feminista que en 2016 fue perita en el histórico juicio de Guatemala (conflicto armado años 1980), en el que se juzgó y condenó por

1 Facultad de Humanidades y Artes Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

2 El término *femicidio*, parte del bagaje teórico feminista, procede de Mary Anne Warren en la obra *Gendercide: The Implications of Sex Selection* (1985) y de Diana Russell y Jill Radford en la obra *Femicide. The politics of woman killing* (1992). Por su parte, el término *feminicidio* procede de Latinoamérica; fue la antropóloga, feminista y política mexicana Marcela Lagarde, quien castellanizó los términos ingleses *Femicide* y *Gendercide*, creando el término *feminicidio*, para describir la situación de Ciudad Juárez en México y la hace luego extensiva a toda América Latina, la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE) y Real Academia Española (RAE) anunciaron su incorporación a la 23.^a edición del *Diccionario de la Lengua Española*, en octubre 2014 con motivo de la conmemoración del tercer centenario de RAE.

primera vez a miembros del Ejército por los delitos de esclavitud sexual y doméstica contra mujeres mayas, y luego analizó los crímenes de Ciudad Juárez, se empeña en inscribir el término *femicidio* en el discurso de la ley y utiliza el de *femi geno cidio* para los crímenes de mujeres solo por el hecho de serlo, y lo incluye en el fuero internacional como crimen de lesa humanidad. También involucra la trata forzada de mujeres en esta última categoría, porque se produce con privación de la libertad, malos tratos, desplazamientos forzados y formas de envenenamiento mediante la inoculación de sustancias químicas que resultan en un severo deterioro físico y muerte de las víctimas (Segato, 2010a). Opina, en una reciente entrevista motivada por la escalada de violencia machista contra los cuerpos de las mujeres en Argentina,³ que la violación no es un delito como los otros sino que es un crimen de poder. El interés del violador o asesino de mujeres es la potencia y su exhibición frente a otros hombres para valer como un hombre. Considera un error hablar de crímenes sexuales, se trata de crímenes de poder, de dominación, de punición. Son ataques a la sociedad y a la vida en el cuerpo de la mujer. Por eso rechaza las alternativas punitivas para solucionar el fenómeno, y apoya su argumentación en el caso de Estados Unidos donde tienen las penas más severas y las tasas de violencia de género altísimas. Advierte que si no se comprende qué papel tiene la violación y la masacre de mujeres en el mundo actual no vamos a encontrar soluciones, Segato expresa

La rapiña que se desata sobre lo femenino se manifiesta tanto en formas de destrucción corporal sin precedentes como en las formas de tráfico y comercialización de lo que estos cuerpos puedan ofrecer hasta el último límite. La ocupación depredadora de los cuerpos femeninos o feminizados se practica como nunca antes y, en esta etapa apocalíptica de la humanidad, es expoliadora hasta dejar solo restos (Segato, 2010b).

Si pensamos con De Certau nos podemos preguntar cuáles son las figuras sociales de lo «otro» en nuestras sociedades contemporáneas y sostenemos que afloran, en una de sus versiones, bajo la forma de la violencia hacia las mujeres. El aumento vertiginoso de crímenes acompañado de una intensa crueldad nos remonta a las raíces de antiguos prejuicios contra la mujer y a la época de la quema de brujas y torturas de la Inquisición (Aletta de Sylvas, 2014a). Segato se refiere a una «prehistoria patriarcal de la humanidad» cuando comparte con las pensadoras feministas vinculadas al proceso de Chiapas, la teoría sobre la existencia de nomenclaturas de género en sociedades precoloniales (Segato, 2010b).

Acordamos con los planteos de María Luisa Femenías (2013) sobre la vigencia de la ideología patriarcal en sus nuevas modelizaciones en la sociedad actual que construye a la mujer como un «otro» inferior y que el hombre no se resigna a perder sus prerrogativas de dominación mantenida durante siglos. La represión y la violencia ejercida sobre las mujeres, ha recrudecido y cambiado de estilo y de metodología en

3 Hubo 21 femicidios en abril, uno cada 25 horas, 111 en lo que va del año, *La Capital*, 29/04/2017.

la actualidad. Compartimos con Femenías, que esta violencia es cruenta, llega hasta la violación de los cuerpos, mutilación y muerte, registra una ruptura de límites, un ensañamiento con las víctimas que nace del rencor, del espíritu de revancha contra «la mujer», que no es la concreta sino la representante del colectivo sobre el que hay que cobrar venganza castigándola. El biopoder en la modernidad se ha ejercido sobre sus cuerpos pero se ha refuncionalizado: la violencia actúa como disciplinadora, como canalizadora por la hegemonía perdida por el varón. Marcela Lagarde (2006; 2008) sostiene que su erradicación ocupa hoy un sitio prioritario en la conciencia política de las mujeres, en la agenda democrática de cada país y en el mundo entero. Asistimos en la Argentina, entre sorprendidas, horrorizadas y también, por qué no, atemorizadas ante las noticias de esta pandemia que lejos de disminuir, parece acrecentarse. En 1996 suscribimos la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (Convención de Belén do Pará). El espíritu de este tratado con jerarquía constitucional desde el año 2011, se plasma en la Ley 26.485 de Protección Integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollan sus relaciones interpersonales, aprobada por el Congreso en el año 2009. Según opinión de Mariana Carvajal se trata de una ley de vanguardia, pero lamentablemente no se ha implementado en su totalidad (Carvajal, 2013). El Observatorio de Femicidios en Argentina denominado la Casa del Encuentro tomó la iniciativa de registrar las muertes, a partir de los casos publicados en medios gráficos y portales de noticias de todo el país. Las cifras que proporciona son pavorosas: entre el 1° de enero de 2008 y el 30 de setiembre de 2013 se registraron mil cuatrocientos treinta y dos homicidios de mujeres. Ocurre un femicidio cada treinta y cinco horas, según la misma fuente, y más de seis de cada diez femicidios en la Argentina, en promedio, son perpetuados en un contexto de violencia de pareja. En lo que va del año 2016 hubo trece femicidios en la provincia de Santa Fe, seis de ellos en Rosario. El Programa de las Víctimas contra las Violencias tiene un cuerpo interdisciplinario de Protección contra la Violencia Familiar, creado y coordinado por Eva Giberti quien expresa:

La percepción social que tienen los violentos acerca de lo que significa una mujer suele ser coincidente en lo que se refiere a inequidades de género: las consideran como sujetos inferiores destinadas a servirlos y obedecerlos, comenzando por la disponibilidad de sus cuerpos femeninos. De allí surge lo que es propio o le corresponde al varón y a la mujer, según sus creencias. Si la mujer «no cumple» con «lo que es propio de ella por ser mujer» el golpeador pone en marcha lo que supone es «propio de él por ser varón», el ejercicio de la violencia en cualquiera de sus formas. Que cada vez con mayor frecuencia termina en el femicidio, matándola (Carvajal, 2010: 55-56).

LA LITERATURA: IMAGINACIÓN, EXORCISMO Y TRANSFORMACIÓN. UNA MIRADA SOBRE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Suscribimos en el tema que nos ocupa, la opinión de Roberto Bolaño cuando expresa: «Salir a pelear: eso es la literatura», a la que consideramos como una práctica social que vertebra visiones del mundo que se relacionan con expresiones ideológicas que circulan en nuestra sociedad y en nuestra cultura. La literatura representa para el escritor una vigorosa fuerza de exorcismo de sucesos traumáticos. Posee una capacidad transformadora de la realidad y entendida como producción, se constituye en una práctica social en la que el lenguaje que la conforma es un poderoso signo ideológico. Julia Kristeva sugiere que solo cierto modo de contemplar de cara al mal, el que entendemos aquí como los asesinatos de mujeres, para transponerlo lo mejor posible en discurso, puede sustraernos a la banalización de la que hablaba Hanna Arendt y abrirnos a la libertad. Bernard Sichère en *Historias del mal* a quien Kristeva prologa, plantea a la literatura como uno de los recursos que nos permiten hoy abordar la cuestión del mal porque representa para el escritor una vigorosa fuerza de exorcismo del horror. El arte posee una capacidad transformadora de la realidad, sin embargo en el caso de la literatura, más que ofrecer respuestas crea angustiosos interrogantes (Sichère, 1963). Cathy Caruth reconoce en el testimonio, en la ficción literaria y, en definitiva, en la escritura, un vehículo privilegiado y terapéutico que ofrece un espacio para la comprensión del acontecimiento traumático (Caruth, 1995). La misma afirmación la leemos en las reflexiones de Luckhurst cuando expresa su teoría sobre la reparación narrativa de hechos dolorosos (Luckhurst, 2008). Como dice Martínez Falquina: la escritura, y sobre todo la literatura, da forma y voz al silencio, verbaliza el sufrimiento, creando un espacio en el cual una memoria quebrada puede expresarse (Oliva Cruz, Gordon y Martínez Falquina, 2009).

En el campo de la literatura, *Chicas muertas*⁴ (2014) de la escritora entrerriana Selva Almada, constituye una lograda coyuntura en la que se entrelazan el testimonio, la ficción y la memoria desde una perspectiva de género inserta en el reclamo de los derechos humanos de las mujeres. Distintos géneros que se articulan, fusionan y al mismo tiempo destruyen sus límites en el espacio del texto. Como ya ha teorizado

4 Almada Selva. *Chicas muertas*. Random House: Buenos Aires, 2014. Escritora nacida en Entre Ríos (1973), es autora de varios libros de cuentos y de poesías. Su primera novela, *El viento que arrasa*. Mar Dulce: Buenos Aires, 2012; novela seleccionada como uno de los mejores libros en 2012; *Ladrilleros*. Mar Dulce: Buenos Aires, 2013. Es autora también de los libros de relatos *Una chica de provincia* (Gárgola, 2007) y *Niños* (Eduulp, 2005); y los poemas *Mal de muñecas* (Carne Argentina, 2003). Integra diversas antologías de cuentos, entre ellas *Die Nacht des Kometen* (Alemania, 2012); *De puntín* (Mondadori, 2008); *Poetas argentinas 1961-1980* (Ediciones Del Dock), *Narradores del siglo XXI* (Opción Libros, GCBA, 2006); *Una terraza propia. Nuevas narradoras argentinas* (Norma, 2006). Finalista al Premio Rodolfo Walsh a la mejor obra de no ficción de género negro del Festival de Novela Negra de Guijón 2015. Codirige el ciclo de lecturas Carne Argentina. Coordina talleres de escritura en Buenos Aires y en el interior del país.

Bajtín no existen postulados de universalidad ni de intemporalidad en literatura, sino que su conceptualización o cuáles son los géneros que pertenecen a ella, depende de factores extraliterarios y no existen criterios de evaluación que no sean ideológicos. Todo intento de definición está sujeto a variaciones en las condiciones históricas (Bajtín, 1977). Por lo tanto Almada pone en juego factores ideológicos, históricos y estéticos en su elección de configurar en el espacio del texto una articulación de distintos géneros. Almada considera que la violencia contra las mujeres, por desgracia, «es uno de los temas que de alguna manera unifican a América Latina». Y advierte que los tópicos llevan a la idea errónea de que Argentina no está dentro de las corrientes de violencias latinas.

Hay una mirada del extranjero sobre Argentina que en realidad es una mirada sobre la Buenos Aires moderna, liberal. Pero en el interior del país hay una sociedad patriarcal machista, quizá no tan evidente como en México, o como lo que a su vez nosotros suponemos de México: el prejuicio de que son re machistas, o qué sé yo, pero Argentina está atravesada por el machismo, y como cada 30 horas muere una mujer asesinada (De Llano, 2014)

El discurso testimonial registra tres femicidios de chicas jóvenes, de origen humilde, ocurridos en el interior del país aun mucho antes que se utilizara esta palabra para denominar al conjunto de violaciones a los derechos humanos de las mujeres que incluye los crímenes y desapariciones identificados como de lesa humanidad. Almada repone la memoria de las víctimas desde la no ficción y rescata sucesos ocurridos en los años 1980, al comienzo de su propia adolescencia cuando tenía trece años. El primer crimen que le impacta es la noticia escuchada por la radio, del asesinato mientras dormía, de Andrea Danne, de diez y nueve años, estudiante de psicología, ocurrido en San José, Entre Ríos, una población a 20 km de distancia de Villa Elisa donde la escritora residía. Era un día domingo, 16 de noviembre de 1986, mientras su padre hacía un asado. De alguna manera este libro empieza a escribirse en ese momento.⁵ Las otras muertes, la de María Luisa Quevedo una joven de quince años que trabajaba de mucama, cuyo cadáver fue encontrado en un baldío en Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco, y la de Sarita Mundín, veinte años, desaparecida en Villa María, Córdoba, cuyo cuerpo no fue encontrado nunca.

Desde el paratexto y el epígrafe de Susana Thenon, donde una voz en el poema se pregunta «esa mujer ¿por qué grita? Andá a saber...», y que en el texto original de esta poeta, finaliza así: «Ya no grita./ Te acordás de esa mujer?» (Thenon, 2001), se señala una orientación sobre la temática elegida y una propuesta de lectura.

5 El germen de este cuento se puede encontrar en el cuento «Una chica muerta» en Almada Selva: *Una chica de provincia*, Gárgola Ediciones, 2007, escrito sobre la muerte de Andrea Danne, pero según la escritora, los datos que allí figuraban no se correspondían con sus posteriores investigaciones. Entrevista personal: 3/8/2015. Lo reescribe en: *El desapego es una manera de querernos*, Random House: Buenos Aires, 2015.

Chicas muertas se configura como un testimonio que recurre a la investigación del material «real», es decir incorpora como requisito indispensable un referente externo, documentos provenientes de ese mundo que se insertan en el recorrido del texto compuesto por un epígrafe, once capítulos y un epílogo. La escritora emprende una investigación financiada con una beca del Fondo Nacional de las Artes, que la conduce al rastreo de fuentes, archivos de diarios, consulta de expedientes, escritos judiciales, fotos, realización de entrevistas a familiares y amigos de las víctimas, a fiscales y jueces de las respectivas causas, a la lectura de informes de médicos forenses, a la escucha de murmullos, trascendidos, a la confrontación de versiones y otros recursos menos ortodoxos. Sin embargo nunca estas fuentes son citadas formalmente en estilo directo, lo que las aleja de la objetividad y las distancian de un trabajo riguroso inherente a un historiador o cronista.⁶

Según las propias declaraciones de la escritora nunca quiso hacer biografía, ni radiografía de cada uno de los casos, ni iniciar una investigación, descubrir al asesino, o elaborar un documento. Lo que efectivamente hace es reconstruir de acuerdo a sus investigaciones y al poder de su imaginación, la vida y la muerte de las tres víctimas. Sigue un consejo: «Yo creo que lo que tenemos que conseguir es reconstruir cómo el mundo las miraba a ellas Si logramos saber cómo eran miradas, vamos a saber cuál era la mirada que ellas tenían sobre el mundo» (CM, 109).⁷

Expresa: «Ahora tengo cuarenta años y, a diferencia de ellas y de miles de mujeres asesinadas en nuestro país desde entonces, sigo viva. Solo es cuestión de suerte» (CM, 182)

Almada interpreta, supone, recrea:

Andrea se *habrá sentido perdida* cuando se despertó para morir. Los ojos abiertos de golpe, habrán pestañeado unas cuantas veces en esos dos o tres minutos que le llevó al cerebro quedarse sin oxígeno. Perdida, embarullada por el repiqueteo de la lluvia y el viento que quebraba las ramas más finas de los árboles del patio, abombada por el sueño, completamente descolocada (CM, 37).

Registra disparidad de opiniones sobre la escena de la muerte de Andrea: «El recuerdo que Paula y Eduardo tienen de esa noche y de la escena del crimen no es el mismo que dejaron por escrito los peritos en el expediente ni el que tienen otros testigos» (CM, 146).

Recoge versiones sobre la culpabilidad de los padres de Andrea en el crimen y las inquietantes declaraciones del médico que afirma que acomodaron el cadáver antes de que él llegara.

También opina sobre la desprolijidad con que se trabajó, la cantidad de gente que entró en la casa y el permiso de la policía para limpiar la escena del crimen.

6 Este recurso fue elegido conscientemente por Almada en consulta con la editora con quien mantuvo un fluido intercambio que resultó provechoso para la escritura del libro. Así también lo hizo con María Moreno, escritora a quien admira. Entrevista personal: tres de agosto de 2015.

7 Cada vez que se haga una cita del texto de *Chicas muertas* aparecerá con las siglas CM.

Modaliza y construye hipótesis: «*Tal vez* María Luisa y Sarita llegaron a sentirse perdidas...» (CM, 33. El subrayado es mío); reconstruye cómo María Luisa se prepara para salir el día de su muerte

Para vestirse eligió prendas frescas pero bonitas. Le gustaba andar arreglada en la calle, aunque para trabajar, usara ropa de fajina, una remerita y una pollera viejas desteñidas por el sol y las salpicaduras de lavandina. De su ropero de muchacha pobre eligió una musculosa y una falda de bambula, adornada con un cintito de cuero que se ajustaba rodeando la cintura. Se lavó la cara, se peinó los cabellos, ni largos ni cortos, lacios y oscuros. Agitó el tubito de desodorante en aerosol y luego de aplicarlo en las axilas, lo roció por el resto del cuerpo. Apareció en la cocina, flotando en esa nube perfumada y dulzona. Tomó los tres o cuatro mates que le cebó su madre y luego salió de casa... (CM, 23-24).

Esta reconstrucción apunta a intentar comprender los sucesos que relata, ya que la vulnerabilidad de las víctimas, con las que compartía una edad parecida y su pertenencia al interior del país, le provocan un sentimiento de identificación y la coloca en la situación de: yo podría haber sido una de ellas. Imagina, ya que esta actividad de imaginar lo que podría haber pasado, pertenece al dominio de la literatura. A veces recurre a métodos no ortodoxos, ligados a componentes menos racionales. Visita a una tarotista para pedirle que indague por medio de las cartas sobre las chicas muertas. Después de varias sesiones, esta señora le relata la historia de la Huesera, la cual, si restablecemos el diálogo intertextual, nos remite a la leyenda contada por Clarisa Pínkola Estes, una psicóloga junguiana, en *Mujeres que corren con los lobos* (2009) donde personifica en el arquetipo de la Mujer Salvaje, la naturaleza femenina profunda. En esta leyenda se narra que una vieja recoge huesos de lobo, arma un esqueleto y así da forma a un lobo. Canta con voz poderosa junto al fuego, los huesos cobran vida y carne, y el lobo se transforma en una mujer que sale corriendo libremente. La metáfora señala la misión de Almada, de juntar «los huesos» de las chicas, armar sus esqueletos y después dejarlas correr libremente. Este es el consejo de la tarotista dejar ir a las chicas, «soltarlas». Recordamos la postura de filósofos como Platón, Derrida, Foucault y Benjamin sobre la concepción de la escritura como medicina (*fármakon*) y conjuro frente al olvido, la ausencia y la muerte. Creemos que este es uno de los objetivos de la escritura de este texto: un acto terapéutico y de liberación de los fantasmas que albergaba Almada en su interior y un conjuro para que tanto las chicas como quien las convoca, por medio de las palabras, descansen en paz. Tal vez en el ejercicio de la escritura se juegue una posibilidad de duelo (Dieguez, 2013).

Otros textos contemporáneos, para nombrar solo algunos recientemente publicados, abordan la violencia de género. Ya Roberto Bolaño (Chile, 1953-2003) en 2666 había dedicado un extenso capítulo de la obra publicada *post mortem*, a las mujeres asesinadas en México (Bolaño, 2004). Gabriela Cabezón Cámara (Buenos Aires, 1968) escribió *Beya (Le viste la cara a Dios)*, una novela gráfica en co autoría con Iñaki Echeverría en donde se relata desde las palabras y las imágenes en formato de

historieta, la historia de una joven secuestrada por las redes de trata y los sufrimientos que semejante atropello conlleva (Cabezón, Cámara y Echeverría, 2013).⁸ Diego Zúñiga (Chile 1987) escribe *Racimo*, una novela que narra las desapariciones de varias niñas en el norte de Chile, en el trayecto entre el barrio humilde donde vivían y la escuela (Zúñiga, 2015). También la escritora chilena Pía Barros ha publicado novelas y cuentos con contenido de género y una compilación de microrrelatos titulada: ¡Basta! + de 100 mujeres contra la violencia de género (2012). Si consideramos a la literatura como una práctica social, advertimos que estos relatos mencionados, como el de *Chicas Muertas* no son casuales ya que constituyen expresiones que dan voz a esas mujeres que ya no la tienen y actúan como conjuro frente al olvido, la ausencia y la muerte.

EL DISCURSO FICCIONAL

Almada inserta y armoniza su trayecto de investigación con técnicas procedentes de la ficción que invitan a una lectura intersticial en la que se difuminan los márgenes entre los géneros. El grado de verdad se juega en el terreno mismo de la ficción y no en el de lo meramente fáctico porque ella se postula como capaz de proponer verdades alternativas a la de la Historia (Capdevila, 2008). Regine Robin en *La memoria saturada*, expresa sobre esta relación, que la ficción imagina lo que no sabe y construye lo verosímil en lugar de lo verdadero. El escritor actúa a veces como un detective y logra recuperar cuestiones que nos acercan a la materialidad del tiempo perdido y que escapan a los datos de la investigación (Robin, 2012). La organización del texto, los recursos implementados advierten sobre su ficcionalidad, que como afirma Amar Sánchez (1992) en su trabajo sobre el testimonio de Walsh, es un efecto del modo de narrar. La focalización en la primera persona con acentos autobiográficos produce una fusión entre el narrador y el autor real responsable de la investigación, y crea un pacto de lectura que, según Lejeune (1994), oscila entre lo referencial y lo autobiográfico. El rol de este sujeto se construye en el cruce de recuerdos personales, reflexiones, la recopilación de historias a las que interpreta, y que no son menos «verdaderas» que las que relatan hechos de la realidad, porque como ya ha planteado Hayden White (1992), los hechos no hablan por sí mismos sino que es el narrador quien habla por ellos. Coincidimos con De Certeau (2006) que hacer historias está indisolublemente ligado a posiciones desde dónde se habla, en el cruce de un saber y un lugar que instituye lo real al proponer una representación.

8 Recordemos el emblemático caso del secuestro de Marita Verón (3 de abril de 2002) en Tucumán, Argentina, que desencadenó una tenaz investigación liderada por su madre Susana Trimarco, quien llevó el caso a la justicia. Después que ésta sobreyera a los trece imputados, en 2012, la causa llegó finalmente a la Corte Suprema de Justicia de Tucumán, que en diciembre de 2013 se expidió revocando el fallo absolutorio y condenando a todos los imputados. La sentencia final fue el 8 de abril de 2014; con penas entre 15 y 22 años de prisión. Sobre el tema ver la investigación de Camps, 2013.

Almada relata su propia historia, los estudios en la ciudad de Paraná, las vicisitudes y peligros de hacer dedo en la ruta. Por momentos también expresa sus estados de ánimo: «Estoy transpirada y siento un poco de fastidio y otro poco de cansancio. O Tristeza» (CM, 99). Recorre con sus descripciones y da vida a la atmósfera de pueblos chicos, lo que ya ha practicado con éxito en *El viento que arrasa* (2012) y en *Ladrilleros* (2013). Se refiere a los prejuicios y rivalidades entre su pueblo y el de San José, entre el nosotros y el ellos. La crítica a las novelas publicadas con anterioridad a *Chicas Muertas* había destacado la recreación de vivencias cotidianas, ya que como dice nuestra escritora

Una provincia, en un país como el nuestro, es bastante más que la división geopolítica de un territorio. Es una cierta manera de entender el mundo y un lugar desde donde mirarlo [...] Me di cuenta de que se podía hablar del paisaje sin ser folclórico, de manera universal, de que se podía hacer literatura regional sin caer en el cliché (Aletta de Sylvas, entrevista a Almada, 2015).

Ha definido su voz en ese espacio entre provincia y capital conduciendo la escritura sobre zonas periféricas a una dimensión de provincia pero no provinciana y que aprendió de escritores como Ricardo Zelarayán y Juan L. Ortiz.

Los límites entre realidad y ficción no solo se entrecruzan sino que a menudo se confunden. Algunos episodios relacionados con la investigación adquieren rasgos de policial negro, dignos según la misma escritora, de una novela de Raymond Chandler. Esto sucede con el relato que hace María Laura Vonffray en 1995 para que se reabriera el caso de Andrea Danne. Inventa una historia sobre la identidad del asesino, un hombre de origen chino y ella asume el papel del supuesto testigo ocular del hecho.

EL OFICIO DE CONTAR: OTRAS HISTORIAS

Almada es una hábil contadora de historias que va hilvanando a lo largo del relato asociadas con el tema de la muerte de las chicas y que conforman un texto coral y polifónico. Recuerda historias de boca de su madre relacionadas con avasallamientos a los derechos de las mujeres, aunque nunca ella le habló de violencia de género, relata episodios familiares, de algunas vecinas, casos de prostitución muy naturalizadas en el interior del país, como el de la mujer que visitaba a su tío a domicilio con fines de servicios sexuales mientras sus hijos esperaban jugando afuera y cómo, con el tiempo, es su hija mayor la que la reemplaza. Se suman otras voces e historias en las que se entrelazan fiestas privadas de hijos de políticos y funcionarios policiales. El insoslayable componente político nos remite al caso de María Soledad Morales en Catamarca (1990) asesinada por los hijos del poder y a las marchas del silencio posteriores. Se produce en ese momento un movimiento social inédito que se ubica en el espacio de la subalternidad en el camino de la búsqueda de derecho ciudadanos y humanos. Fueron sobre todo mujeres jóvenes encabezadas por una monja las

que organizaron las marchas del silencio posteriores al crimen, manifestaciones que ocasionaron una crisis política, la destitución del gobernador Ramón Saadi y la intervención federal de la provincia (Bergman y Szurmuck, 2006). Como también la sospecha del móvil político en el caso del doble crimen en Salta de las turistas francesas sucedido en el contexto de una sorda guerra por el control de las posiciones de autoridad y poder en vísperas de las elecciones. En el caso de Andrea Danne, a pesar de las marchas del silencio convocadas por su novio Eduardo, su crimen ha quedado impune. Lo mismo sucede con los de las otras chicas tratadas en el libro. No hay culpables. Sin embargo aparecen como sospechosos personajes poderosos como Jesús Gómez, dueño de una empresa de colectivos quien, en el caso de María Luisa, pudo haber silenciado a los testigos y haberles hecho alterar sus declaraciones iniciales a cambio de dinero. También en el caso de Sarita Mundín, su amante era un hombre casado, poderoso empresario dueño de un frigorífico, quien se dice la entregó a las redes de trata de personas. Sarita había ejercido la prostitución para mantener a su hijo, madre y hermana; sus clientes eran hombres mayores, políticos de buena posición y doble discurso.

Las historias que Almada relata asociadas a las tres centrales, están dispuestas a la manera que Barthes denomina «dientes de sierra» (1994), dispuestas en zig zag, van y vienen en el tiempo. Otras se presentan incrustadas una dentro de otra a la manera de cajas chinas, como la historia del curandero Rodríguez que alterna con los relatos de una visita a una tarotista, historias de gitanos y el relato de una leyenda. La escritora comienza por relatar una, la interrumpe, sigue con otra, y las retoma alternadamente.

ESCRITO SOBRE EL CUERPO: CUERPOS DE LAS VÍCTIMAS, CUERPO DE LA ESCRITORA, CUERPO DE LA ESCRITURA

Tres chicas jóvenes de origen humilde. Andrea Danne, diecinueve años, era rubia, linda, de ojos claros, estaba de novia y estudiaba psicología, la asesinaron de una puñalada en el corazón mientras dormía, cuando afuera rugía la tormenta. María Luisa Quevedo, quince años, trabajaba de mucama, su cuerpo apareció violado y estrangulado en un terreno baldío en las afueras de la ciudad. Sarita Mundín, veinte años, desaparecida desde el último día que salió con su amante, aunque intentaron reconocer sus restos en «un montoncitos de huesos» (CM, 128). El ADN dio negativo diez años después cuando se exhumó el cadáver y trasciende que Olivero, el amante, la habría vendido a una red de trata y estaría en un prostíbulo de Valladolid, España. De hecho ante la convocatoria de la tarotista, Sarita es la única que no habla. Son los cuerpos de las víctimas, mutilados, agredidos, violados los que hablan y transmiten un mensaje que hay que interpretar. Si pensamos en las investigaciones policiales el cadáver funciona como texto que puede y debe ser leído. Cuenta una historia que hay que descifrar y reconstruir en un texto narrativo que permita identificar al asesino

(Bergman-Zsurmuck, 2006). Ya Segato hablaba de la «violencia expresiva» de los crímenes de género, lo que la condujo a interpretar los femicidios de Ciudad Juárez como violencia que ve al cuerpo femenino como un tapiz sobre el cual escribir. La agresión sexual, física, ejercida sobre el cuerpo de una mujer expresa una dominación, una soberanía territorial sobre un territorio-cuerpo emblemático. La misma autora interpreta que el hombre restaura dentro de su casa la masculinidad que pierde fuera de ella, porque está masacrado y emasculado por el capitalismo moderno. (Segato, 2003). El poder del más fuerte escribe la violencia, la intolerancia, la prepotencia, sobre los cuerpos más vulnerables de la sociedad, representados por los cuerpos de sus mujeres. Aníbal Quijano reconoce en la corporalidad el nivel más decisivo en las relaciones de poder y la relaciona con la dominación como un instrumento de ese poder. Se trata, expresa, de la explotación del cuerpo torturado, usado, castigado, masacrado en las luchas y en las relaciones de género (Quijano, 2014). En el caso de Sarita Mundín hay un cuerpo desaparecido, una ausencia que nos remite a los desaparecidos de la dictadura militar.

Las acciones ciudadanas buscan una restauración simbólica y se construyen como prácticas socioestéticas. Desde la performance entendida como espacio donde se cruzan un discurso sobre el cuerpo de la mujer y la política, se pone en acto una puesta en escena que lejos de ser teoría, es el aire que respiramos, afirma Marta Dillon (2015). La performance permite visualizar el trauma colectivo y contribuye al proceso de decolonización y ruptura de la normalización de la violencia femicida. Constituye un espacio de lucha a través del campo de batalla situado en el cuerpo, un activismo que hace teoría vívida y corporal performativamente. Es un arte-acción que de hecho constituye una corporalidad que enfrenta al poder (Chavez y Difarnecio, 2014). Se han sucedido en la Argentina los Siluetazos, acciones callejeras que citan las siluetas de principios de los años ochenta, con el objetivo de visibilizar a través de la pintura de siluetas dibujadas en la calle, los cuerpos ausentes y muertos. Así se ponen en la calle los nombres de las víctimas de la violencia machista acompañadas de leyendas escritas o pintadas sobre cartulinas.

El 3 de junio de 2015 se organizó en Argentina, Chile y Uruguay, una marcha de protesta contra la violencia de género. Un grupo de militantes tomó la consigna «Ni una menos» de una frase de un poema de Susana Chávez Castillo «Ni una muerta más» (1995) para protestar por los femicidios en Ciudad Juárez. La poeta terminó asesinada en 2011 a causa de su lucha por los derechos de las mujeres. Las organizadoras de la marcha tomaron la frase como lema y la convirtieron en «Ni una menos». Una segunda marcha se hizo recientemente el 19 de octubre con una asistencia masiva de mujeres y algunos hombres, para protestar por el asesinato y violación en circunstancias muy violentas de una chica de diez y seis años.

Frente a los cuerpos que no tienen la palabra, el arte y la literatura a través de la imagen y del lenguaje dan voz a aquellos que no la tienen. Tuvimos la oportunidad en febrero de 2010 de asistir a la instalación del gran artista francés Christian Boltanski

en el Gran Palais, París. *Personnes* el nombre de la muestra, jugaba con la ambivalencia semántica: personas, gente y nadie. Se trataba de viejas ropas usadas dispuestas en el suelo, en un gran espacio y caminos entre los distintos montones donde se podía circular, y una grúa que las levantaba y arrojaba luego a una montaña también de ropas. La angustia que genera la ausencia y desaparición de aquellos que habían usado esas prendas vacías, inútiles, deviene en una sensación palpable de muerte. Esta obra es una gran metonimia que apunta al archivo y la memoria sin necesidad de recurrir a una representación mimética. El arte consiste en formular preguntas y promover emoción sin obtener respuestas, afirma Boltanski (Aletta de Sylvas, 2011).

El cuerpo de Selva Almada se pone en juego en el ejercicio del relato, en su decisión de escribir sobre las muertes de las chicas, de involucrarse en sus historias para que no vuelvan a repetirse. Como hace Luisa Valenzuela (1993), la escritora asume la «función de nombradora», aquella que quiere comprender el porqué del horror. Se compromete con la palabra —pone en ella su cuerpo— y plasma en el lenguaje su identidad genérica y subjetiva para transmitir la penosa situación de muchas mujeres víctimas de las cuales ella puede ser una más. El cuerpo del relato materializa el dolor por las muertes en el lenguaje de ese dolor que permite ir tejiendo una trama para desafiar aquello que se creía «innombrable».

La mirada hacia el pasado implica un ejercicio de memoria cuyo mecanismo de selección, elaboración y reconstrucción se realiza a partir de imperativos del presente y constituye la continuidad de ese pasado en un presente que perdura. Así también, como afirma Walter Benjamin (1998), la construcción de ese pasado puede arrojar luz sobre los conflictos actuales. Es un pasado cargado de presente, un «tiempo ahora». La memoria cultural, afirma Jan Assman, trabaja reconstruyendo, siempre relaciona su conocimiento con una situación contemporánea (Aletta de Sylvas, 2014c). Esta teoría plasmada por Jan y Aleida Assman aplicada a la antigüedad y que puede ser traspolada a la actualidad, opina Karen Saban, interesa porque abre la posibilidad de pensar en la literatura como un custodio, como un vigía, un almacenamiento externo de la memoria que sin duda va a ir formándose de generación en generación, pero que estaría en condiciones de cuidar, proteger aquello que se ve amenazado (Saltzmann, 2014).

La recuperación del pasado de algunas víctimas que practica Selva Almada, se convierte en un gesto político, ético y en un acto de resistencia, ya que la lucha contra el olvido tiene una proyección hacia el futuro y una búsqueda de justicia en el contexto de los derechos humanos para evitar su repetición.

La lectura de *Chicas muertas* conjuga en su acercamiento al texto distintos enfoques que articulan testimonio, ficción, memoria y género, para construir desde este cruce, otro texto que problematice los vínculos entre ellos y con el estatuto de verdad, sin olvidar que la escritura nunca es transparente ni mimética y que todo relato, como afirma De Certeau, instituye lo real.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALETTA DE SYLVAS, G. (2010). La ficción espacio simbólico de la ausencia en la novela argentina contemporánea. *Revista Amerika*. Disponible en: <<http://amerika.revues.org/1177>> [Consultado el 31 de agosto de 2017]. Rennes, Francia.
- (2011). «Memoria para armar». *A Contracorriente*, vol. 8, n.º 3, primavera, Universidad de Northern Carolina. Disponible en: <<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/186>> [Consultado el 31 de agosto de 2017].
- (2012). «Género, violencia y dictadura en la narradoras argentinas del 70 (Valenzuela, Gorodischer, Ulla y Gambaro)». *Revista Amerika*, Universidad de Rennes, Francia, n.º 7, 2. Disponible en: <<http://amerika.revues.org/3567?lang=%20es>> [Consultado el 31 de agosto de 2017].
- (2014a). «La alteridad amenazante en la sociedad del siglo XVII: las poseídas de Loudun». *Monstruos y Monstruosidades. Perspectivas disciplinarias*. Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, V Jornadas sobre Monstruos. Editorial Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2016. Libro digital PDF disponible en: <www.genero.institutos.filo.uba.ar/jornadas-monstruos-y-monstruosidades> [Consultado el 31 de agosto de 2017].
- (2014b). «El Hojaldre de la Memoria» Reseña de La memoria saturada de Regine Robin». *Reseñas Net, Revista de Reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la Red*, año 7, n.º 12, Centro de Estudios «Espacio, Memoria e Identidad» de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 49-53.
- (2014c). «Memoria y ficción. Imaginar contra el Olvido». Reseña de Karen Saban: Imaginar el pasado. Nuevas ficciones de la memoria sobre la última dictadura militar argentina (1976-1983)». *Revista Gramma*, Buenos Aires, Universidad del Salvador, año xxv, n.º 53.
- (2015). Entrevista personal a Selva Almada, Buenos Aires, 3 de agosto de 2016.
- ALMADA, S. (2012). *El viento que arrasa*. Buenos Aires: Mar Dulce.
- (2013). *Ladrilleros*. Buenos Aires: Mar Dulce.
- (2015). *El desapego es una manera de querernos*. Buenos Aires: Random House.
- AMAR SÁNCHEZ, A. M. (1992). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- ARENDE, H. (2001). *Eichmann en Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal*. España: Lumen.
- BAJTIN, M. (1979). «Epopéya y novela». *Eco*, n.º xxxii-3, p. 292.
- BARROS, P. (2012). *¡Basta! + de 100 mujeres contra la violencia de género*. Santiago de Chile: Ed. Asterión.
- BARROSO, S.; DOVIO, M.; LÓPEZ TESORE, V. y GIANNONI, M. I. (2012). *Mujeres en cuestión. Escrituras, ideología y cuerpos*. Buenos Aires: Teseo, Investigaciones de la Biblioteca Nacional.
- BARTHES, R. (1994). «El discurso de la historia» en *El Susurro del lenguaje*. Buenos Aires: Paidós.
- BENJAMIN, W. (1998). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid: Taurus.
- BERGMAN, M. y SZURMUCK, M. (2006): «Memoria, cuerpo y silencio: el caso María Soledad y la demanda de ciudadanía en la Argentina de los 90». *Latin Subaltern Studies, Acta Poética* 27 (2), Otoño.
- BOLAÑO, R. (2004). 2666. Barcelona: Anagrama.
- CABEZÓN CÁMARA, G. y ECHEVERRÍA, I. (2013). *Beya. (Le viste la cara a Dios)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- CAPDEVILA, A. (2008). «Realismo, memoria y testimonio» en VALLINA, C. (ed.). *Crítica del Testimonio. Ensayo sobre las relaciones entre Memoria y Relato*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- CARBAJAL, M. (2010). «Entrevista a Rita Segato». *Página 12*, 8 de febrero.
- CARBAJAL, M. (2013). *Maltratadas: violencia de género en las relaciones de pareja*. Buenos Aires: Aguilar.
- CARUTH, C. (ed.) (1995). *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

- CHAVEZ, B. y DIFARNECIO, D. (2014). «Decolonizando acciones públicas contra el femicidio con cuerpos disidentes: el performance y la plataforma Arte Acción en Chiapas, México». *Calle 14*, vol. 8, setiembre-diciembre.
- DE CERTEAU, M. (2006). *La escritura de la historia*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- DIEGUEZ, I. (2013). *Cuerpos sin duelo. Iconografías y teatralidades del dolor*. Córdoba: DocumentA/ EscénicaEdiciones.
- DILLON, M. (2015). «Perder el miedo». *Página 12*, 15 de mayo.
- DE LLANO, P. (2014). «Letra de denuncia de la violencia contra la mujer», en *El País Cultural*, 12 de agosto.
- FEMENÍAS, M. L. (2013). *Multiculturalismo, identidad y violencia*. Rosario: Prohistoria Ed.
- HALBWACHS, M. (1994). *Les cadres sociaux de la memoire*. París: Albin Michel.
- JELIN, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- LAGARDE, M. (2006). *Feminicidio una perspectiva global*. Russell Diana y Harmes Roberta Editoras, Ciudad de México: UNAM.
- (2008). «Antropología, feminismo y política: violencia femenina y derechos humanos de las mujeres», en BULLÉN, M. y DÍAZ MINTEGUI, M. del C., *Retos teóricos y nuevas prácticas*. San Sebastián: Ankulegi.
- LA CASA DEL ENCUENTRO (2013). *Por ellas. 5 años de Informes de Femicidios*. Buenos Aires: Embajada de Estados Unidos, Fundación Avón, Centro de Información para Argentina y Uruguay, ONU. Disponible en: <www.lacasadelencuentro.org>.
- LORENZANO, S. (2007). «No aportar silencio al silencio. A modo de Introducción» en LORENZANO, S. y BUCHENHORST, R.: *Políticas de la Memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- LEUJENE, PH. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.
- LUCKHURST, R. (2008). *The Trauma Question*. Londres y Nueva York: Routledge.
- OLIVA CRUZ, J. I.; GORDON, H. y MARTÍNEZ FALQUINA, S. (2009). «Walking Wounded: the Representation of Trauma in Postcolonial Fiction». *New Perspectives on English Studies*. Palma de Mallorca, Edicions Universitat de les Illes Balears. 397-401.
- QUIJANO, A. (2014). *Colonialidad del poder y clasificación social*. Buenos Aires: Clacso.
- SACCOMANNO, G. (2000). «Algunas reflexiones sobre el arte y la memoria». *Página 12, Radar*, 23 de abril.
- SALTZMANN, L. (2014). «Habitar la Memoria». *La Capital, Señales*, 23 de marzo.
- SEGATO, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- (2010a). «El derecho a nombrar el sufrimiento en el derecho», en POLACK, D. y DESPOUY, L. (comps.) *Voces y silencios de la discriminación*. Buenos Aires: El Mono Armado.
- (2010b). «Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial» en QUIJANO, A. y MEJÍA NAVARRETE, J. (eds.) *La cuestión descolonial*. Lima: Universidad Ricardo Palma-Cátedra América Latina y la Colonialidad del Poder.
- (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (2017). «Con más cárcel no solucionamos el problema». *Página 12*, 16 de abril.
- SICHÈRE, B. (1996). *Historias del mal*. Barcelona: Gedisa.
- PINKOLA ESTES, C. (2009). *Mujeres que corren con los lobos*. Buenos Aires: Ediciones B.
- ROBIN, R. (2012). *La memoria saturada*. Buenos Aires: Waldhuter.
- THENON, S. (2001). *La morada imposible*. Buenos Aires: Corregidor.
- WHITE, H. (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- ZÚÑIGA, D. (2015). *Racimo*. Buenos Aires: Random House.
- VALENZUELA, L. (1993). «Escribir con el cuerpo». *Alba de América*, n.º 11, 20-21 de julio, pp. 35-40.
- WAJSWZCZUK, A. (2014). «Murmulllos del interior». *Página 12*, 31 de octubre.